



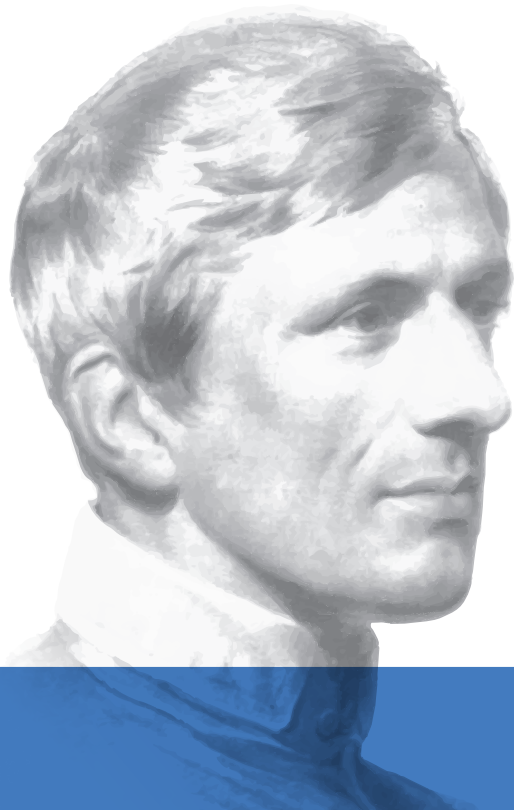
JOHN HENRY
NEWMAN



SERMONES
PARROQUIALES

- 6 -

Parochial and Plain Sermons



Sermones parroquiales / 6



100XUNO



Retrato de John Henry Newman pintado por Sir William Charles Ross en el año de su conversión, 1845.

John Henry Newman

Sermones parroquiales / 6

*Traducción de Víctor García Ruiz con
José Morales y José Gabriel Rodríguez Pazos*



Título en idioma original: *Parochial and Plain Sermons*

© Ediciones Encuentro, S.A., Madrid, 2025

© de la Introducción: Víctor García Ruiz

Nueva edición corregida



Universidad
Pontificia
de Salamanca

Este libro se ha editado gracias a la colaboración de la «Cátedra San John Henry Newman», de la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca, patrocinada por el Real Colegio Inglés (Valladolid) y el Real Colegio Escocés (Salamanca). La Cátedra tiene como objetivo favorecer el estudio de la figura y los escritos de su titular.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección 100XUNO, nº 165

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: TG-Madrid

ISBN: 978-84-1339-282-0

ISBN de colección: 978-84-1339-285-1

Depósito Legal: M-10990-2026

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com - info@edicionesencuentro.com

ÍNDICE

Las paradojas cristianas	13
Tabla de abreviaturas	27
SERMONES PARROQUIALES	31
Sermón 1	
EL AYUNO ES MOTIVO DE PRUEBA	33
[n. 492 4 de marzo de 1838]	
«Después de haber ayunado cuarenta días con cuarenta noches, sintió hambre» (Mt 4,2)	
Sermón 2	
EL TIEMPO PARA ARREPENTIRNOS ES MIENTRAS VIVIMOS	45
[n. 551 15 de marzo de 1840]	
«Cuando Esaú oyó las palabras de su padre, lanzó un tremendo grito lleno de amargura, y pidió a su padre: Bendíceme a mí también, padre mío» (Gn 27,34)	
Sermón 3	
LA ABSTINENCIA DEL TIEMPO DE LOS APÓSTOLES, MODELO PARA EL CRISTIANO	55
[n. 579 21 de marzo de 1841]	
«No bebas agua sola; mejor toma un poco de vino a causa de tu estómago y de tus frecuentes indisposiciones» (1 Tm 5,23)	

Sermón 4	
LAS PRIVACIONES DE CRISTO, MEDITACIÓN DEL CRISTIANO	65
[n. 555 12 de abril de 1840]	
<i>«Porque conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que, siendo rico, se hizo pobre por vosotros, para que vosotros seáis ricos por su pobreza» (2 Cor 8,9)</i>	
Sermón 5	
CRISTO ES EL HIJO DE DIOS HECHO HOMBRE	77
[n. 405 24 de abril de 1836]	
<i>«Cristo, al presentarse como Sumo Sacerdote de los bienes futuros a través de un Tabernáculo más excelente y perfecto —no hecho por mano de hombre, es decir, no de este mundo creado» (Hb 9,11)</i>	
Sermón 6	
EL HIJO ENCARNADO SUFRIÓ Y FUE VÍCTIMA EXPIATORIA.....	89
[n. 405 24 de abril de 1836]	
<i>«Hecho semejante a los hombres; se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Flp 2,7-8)</i>	
Sermón 7	
LA CRUZ DE CRISTO, MEDIDA DEL MUNDO.....	101
[n. 580 9 de abril de 1841]	
<i>«Cuando Yo sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia Mí» (Jn 12, 32)</i>	
Sermón 8	
ES DIFÍCIL DARNOS CUENTA DE LOS PRIVILEGIOS	
SAGRADOS QUE RECIBIMOS.....	111
[n. 534 31 de marzo de 1839]	
<i>«Éste es el día que hizo el Señor, exultemos y alegrémonos en él» (Sal 118,24)</i>	
Sermón 9	
EL EVANGELIO, SIGNO DIRIGIDO A LA FE	119
[n. 483 12/26 de noviembre de 1837]	
<i>«Entonces algunos escribas y fariseos se dirigieron a él: Maestro, queremos ver de ti una señal» (Mt 12,38)</i>	
Sermón 10	
LA PRESENCIA ESPIRITUAL DE CRISTO EN LA IGLESIA	131
[n. 499 6 de mayo de 1838]	

«Dentro de un poco ya no me veréis, y dentro de otro poco me volveréis a ver» (Jn 16,16)

Sermón 11

LA PRESENCIA EUCARÍSTICA 143

[n. 505 | 14 de mayo de 1838]

«Este es el Pan que baja del cielo, para que lo coman y no mueran» (Jn 6,50)

Sermón 12

LA FE, QUE TODO LO JUSTIFICA 155

[n. 575 | 24 de enero de 1841]

«Y os digo que muchos de oriente y occidente vendrán y se sentarán a la mesa con Abrahán, Isaac y Jacob en el Reino de los Cielos» (Mat 8,11)

Sermón 13

EL JUDAÍSMO DE HOY EN DÍA..... 173

[n. 578 | 21 febrero 1841]

«En la fe, murieron todos ellos, sin haber conseguido las promesas, sino viéndolas y saludándolas desde lejos, y creyéndolas y abrazándolas, y reconociendo que eran peregrinos y forasteros en la tierra» (Hb 11,13)

Sermón 14

LA COMUNIÓN DE LOS APÓSTOLES..... 187

[n. 541 | 5 de octubre de 1839]

«Juan le dijo: ‘Maestro, hemos visto a uno que expulsaba demonios en tu nombre y se lo hemos prohibido, porque no viene con nosotros’. Jesús contestó: ‘No se lo prohibáis, pues no hay nadie que haga un milagro en mi nombre y pueda a continuación hablar mal de mí’» (Mc 9,38-39)

Sermón 15

RESUCITAR CON CRISTO 201

[n. 476 | 13 de agosto de 1837]

«Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios. Aspirad a las cosas de arriba, no a las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios» (Col 3,1-3)

Sermón 16

LA LUCHA, CONDICIÓN DE LA VICTORIA..... 211

[n. 507 | 24 de mayo de 1838]

«Y ellos le adoraron y regresaron a Jerusalén con gran alegría. Y estaban continuamente en el Templo bendiciendo a Dios» (Lc 24,52-53)

Sermón 17	
ESPERANDO A CRISTO	221
[n. 570/571 29 de noviembre/6 de diciembre de 1840]	
«Dice el que da testimonio de todo esto: ‘Sí, pronto vendré’. ¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús!» (Ap 22,20)	
Sermón 18	
SUBORDINACIÓN DE LA RAZÓN Y LOS SENTIMIENTOS A LA PALABRA REVELADA	237
[n. 572 13 diciembre 1840]	
«Sometemos a la obediencia de Cristo, como a un prisionero, a todo entendimiento» (2 Cor 10,5)	
Sermón 19	
LOS PALACIOS DEL EVANGELIO	249
[n. 432 13 de noviembre de 1836]	
«El Señor edificó su santuario alto como los palacios del cielo, como la tierra lo cimentó para siempre» (Sal 78,69)	
Sermón 20	
EL TEMPLO VISIBLE	257
[n. 564 24 de mayo de 1840]	
«¿Qué es mayor el oro o el templo que santifica el oro?» (Mt 23,17)	
Sermón 21	
OFRENDAS PARA EL SANTUARIO	269
[n. 539 23 de junio de 1839]	
«La gloria del Líbano vendrá a ti: cipreses, olmos y alerces, juntos para embellecer el lugar de mi Santuario y para que honre el estrado de mis pies» (Is 60,13)	
Sermón 22	
LAS ARMAS DE LOS SANTOS	283
[n. 481 29 de octubre de 1837]	
«Muchos primeros serán últimos, y muchos últimos, primeros» (Mt 19,30)	
Sermón 23	
FE SIN DEMOSTRACIÓN	293
[n. 468 21 de mayo de 1837]	
«Si no veis signos y prodigios, no creéis» (Jn 4,48)	

Sermón 24	
EL MISTERIO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD	305
[n. 300 29 de mayo de 1831]	
« <i>Id y enseñad a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo</i> » (Mt 28,19)	
Sermón 25	
LA PAZ DE CREER	319
[n. 536 26 de mayo de 1839]	
« <i>Clamaban entre sí diciendo: ‘¡Santo, Santo, Santo es el Señor de los ejércitos!’</i> » (Is 6,3)	

*A Luis y a Adriana
va dedicado
este volumen de Sermones,
cordialmente.*

INTRODUCCIÓN

LAS PARADOJAS CRISTIANAS

A pocas millas del centro de Oxford se encuentra Littlemore, casi una aldea, que en tiempos de John Henry Newman formaba parte de la parroquia de Saint Mary's. Saint Mary's era, al mismo tiempo, la iglesia de la universidad de Oxford y una parroquia de la ciudad. Para atender a esa doble función, los domingos por la mañana tenían lugar con gran pompa los sermones universitarios a cargo de teólogos locales o de invitados de todo el país. El Vice-Canciller de la universidad *in full robe*, escoltado por maceros, los *proctors*, los jefes de *college* y los profesores, acudía confesionalmente a escuchar las articuladas exposiciones del predicador, local o invitado. Por la tarde —tarde británica: hacia las 3—, el vicario Newman dirigía sus Sermones Sencillos a los feligreses, mayormente menestrales y gente no demasiado instruida. Pero la asistencia de este tipo de público era escasa y Newman se sentía tan frustrado como pastor de almas que escribió a un amigo en marzo de 1840: «¡Todo es tan frío en Saint Mary's! Llevo años notándolo. No conozco a nadie. No llego a la gente. Tengo mucha gente en contra, y hay muchas lenguas largas. Si no fuera por esos pobres estudiantes que, después de todo, no están a mi cargo, y por la Comunión de los domingos, me sentiría seriamente tentado de plantar aquí mi tienda».

«Aquí» es Littlemore, donde el vicario Newman había construido una iglesia nueva pocos años antes. Y los «estudiantes» son los estudiantes de la universidad que acudían a Saint Mary's en proporción

mayor que los feligreses y que formaban el potencial humano del Movimiento de Oxford, a finales de los años 30 ya en su segunda generación, más vocinglera y más alarmante para las autoridades de la universidad.

Había circunstancias de fondo y otras más aparentes que forzaban a Newman a establecerse en Littlemore en marzo de 1840. Entre las aparentes, se contaba la ausencia del coadjutor que se encargaba de Littlemore y el mal funcionamiento de la escuela parroquial, donde la maestra dedicaba sus energías más a la bebida que al orden y el aseo de las niñas. Un día se presentó Newman en la escuela a la hora del comienzo de las clases, 9 en punto, y se encontró a la desastrada maestra todavía barriendo el aula; de los cien alumnos solo habían llegado unos cuantos niños y casi ninguna niña. Comenzó con las oraciones y al terminar de pasar lista, a las 10 menos veinte, solo había llegado la mitad. Los niños se portaban mal y las niñas iban despeinadas, la cara llena de churretes y las manos como el carbón. Newman logró enderezar la escuela y al poco los niños cantaban con «unas voces tan emocionantes que le vuelven a uno loco de amor» (así lo contaba en la misma carta antes citada).

Otro motivo aparente para el retiro en Littlemore había sido la Cuaresma, de la que tanto se habla en los primeros sermones de este tomo y que tanto deben a sus experiencias personales. Esa temporada de penitencia, sin embargo, terminó siendo para Newman una experiencia gozosa, como le comentaba en carta a su tía (1 abril 1840): «aunque estoy aquí sin amigos y sin libros, hasta el momento no he tenido más que gusto. Así que es una vergüenza pasar la Cuaresma tan agradablemente...». Cuando llegó la Pascua se sentía tan feliz en Littlemore que, de acuerdo con su coadjutor, compró unos terrenos cerca de la iglesia para instalarse allí permanentemente y acoger amigos que quisieran llevar con él una vida de estudio, oración y cierto ascetismo; una especie de primitiva institución monástica. Newman iba y venía con frecuencia de la aldea a la ciudad, siempre a pie y sin importar el tiempo bueno, malo o pésimo, de modo que el retiro era

solo relativo; pero sentía dudas y consultaba a amigos sobre si debía seguir simultaneando las dos iglesias o si debía dejar la de Oxford. El trabajo pastoral en Littlemore sí funcionaba, a diferencia de Saint Mary's donde no lograba entender a los comerciantes y había fracasado toda iniciativa dirigida a ellos. Aquí no hacía más que predicar y como los que acudían a los sermones eran sobre todo universitarios, Newman sentía que estaba faltando a su deber de párroco y convirtiendo la parroquia en una plataforma para influir sobre la universidad.

Las razones de fondo para retirarse a Littlemore tenían que ver, más bien, con la creciente oposición al Movimiento, cada vez más abiertamente católico, y más impetuoso en la acción de los jóvenes. En enero de 1841, Sir Robert Peel pronunció un discurso de marcado tono utilitarista y secularizante en la inauguración de una nueva biblioteca en Tamworth. Instado por el director del *Times*, Newman publicó a lo largo del mes de febrero siete cartas de réplica, firmadas por *Catholicus*, un seudónimo que solo brevemente preservó el anonimato. Ese mismo febrero de 1841 Newman cumplía cuarenta años. La sorpresa de sentirse mayor deja un rastro de aturdimiento y meditación en sus cartas. Sobre todo, el 27 de febrero de 1841 se publicó el *Tracto 90*, que retrospectivamente se puede considerar como el factor externo que terminó por aclarar su posición y le llevó a dar el paso hacia Roma en 1845. Sabemos que en el verano de 1839, «como en la cena del rey Baltasar», Newman «había visto la sombra de una mano en la pared». Quien ha visto un fantasma no vuelve a ser nunca el de antes: «por un momento había tenido la idea de que ‘después de todo, la Iglesia de Roma es quien tiene razón’, para luego desvanecerse» (Apología 166-67). A sus cuarenta años, Newman había recuperado sus antiguas convicciones acerca de la posible y necesaria catolicidad de la Iglesia anglicana y se sentía básicamente tranquilo y confiado. Tanto que publicó la entrega 90 de los *Tracts for the times* [*Pliegos de actualidad*], donde entró al punto de si los Treinta y Nueve Artículos de Religión anglicanos contenían o no la misma doctrina que la iglesia

primitiva, la de san Atanasio y san Agustín, de la que la Iglesia de Inglaterra se decía continuadora. Newman examina en detalle cada uno de los artículos y concluye que los Artículos no se oponen a la enseñanza católica, lo único que hacen es oponerse parcialmente a algunos dogmas romanos. Por tanto, es un deber tanto para con la Iglesia Católica como para con la Iglesia de Inglaterra interpretar los Treinta y Nueve Artículos en el sentido más católico que estos puedan admitir.

A comienzos de marzo apareció en el *Times* una carta de cuatro tutores de peso que protestaban porque el *Tracto 90* abría las puertas de la Universidad de Oxford a las doctrinas del catolicismo romano. La cosa quizá no habría ido a más si un antiguo tractariano y antiguo coadjutor de Newman en Littlemore, Charles Golightly, no se hubiera encargado de agitar las aguas. La tormenta, en efecto, llegó poco después cuando el Vice-Canciller, los jefes de *college* y los *proctors* hicieron pública una censura del Tracto 90, pocas horas antes de que se conocieran las aclaraciones del propio Newman. Días después, todavía en marzo, el obispo de Oxford, tras consultar con el arzobispo de Canterbury, decidió que se dejaran de publicar los Tractos, que el Tracto de la discordia no se volviera a imprimir y que Newman debía hacer público que tomaba estas medidas a petición —en español: por orden— de su obispo. Finalmente Newman logró que el obispo no condenara el *Tracto 90*, a cambio de hacer pública una carta en que declaraba la opinión del obispo de que ese Tracto era «objetable», y de suspender la serie de los Tractos. Newman pensaba que, al evitar la condenación, había logrado que se admitiera el *principio* catolizante. El fin de todas estas sutilezas era evitar una condena formal de su obispo, a quien Newman siempre consideró su «Papa» y a quien estaba convencido de que debía obedecer como sucesor de los apóstoles. Pero no se sentía derrotado. En una carta de 8 de abril de 1841 afirmaba que «es un principio evangélico profundo que la victoria se alcanza a base de ceder. Nos alzamos cayendo».

El verano de 1841 lo pasó traduciendo a san Atanasio para la Biblioteca de los Padres. Estaba decidido a dejar de lado toda controversia. Pero «entre julio y noviembre recibí tres golpes que me rompieron» (Apología 186). En primer lugar, la visión de 1839 se presentó de nuevo.

«En la historia de los arrianos me encontré, pero en versión mucho más aguda, exactamente con el mismo fenómeno que me había encontrado en la historia del monofisismo [...] vi con toda claridad que en la historia del Arrianismo, los arrianos puros eran los protestantes, los semi-arrianos eran los anglicanos y Roma estaba ahora donde había estado entonces. La verdad no estaba en el centro, en la *Via Media*, sino en un lado, en lo que llamaban ‘el partido extremo’» (Apología 186-87)

El segundo golpe era más de esperar: uno tras otro, los obispos empezaron a publicar referencias directas al *Tracto 90* que, al cabo de tres años, equivalían ya a una condenación formal por parte del cuerpo episcopal de la iglesia anglicana.

El tercer golpe, el del obispado de Jerusalén, «destruyó finalmente mi fe en la Iglesia Anglicana» (Apología 190). Se trataba de un episodio en que se mezclaban cuestiones teológicas y cuestiones crudamente geo-políticas. En el mismo momento en que a él se le condenaba por católico, los obispos anglicanos consagraban y enviaban a Jerusalén, donde no había más de media docena de anglicanos, a un obispo que se haría cargo de protestantes prusianos, herejes monofisitas y judíos a medio convertir. Y todo para asegurar la presencia del Imperio británico en Oriente medio y contrarrestar el apoyo que allí daba Rusia a los ortodoxos y Francia a los católicos. Es decir, para la Iglesia anglicana no existía un cuerpo de doctrina, abierto a la interpretación, sí, pero vinculante por su origen divino. Newman lo explica así:

«Justamente cuando los obispos anglicanos dirigían sus censuras contra mí por defender un acercamiento a la Iglesia Católica que, a mi juicio, se atenía estrictamente a lo permitido en los formularios Anglicanos,

ellos, con sus acciones y su tolerancia, confraternizaban con cuerpos protestantes y les permitían colocarse bajo un obispo anglicano, sin renuncia alguna a sus errores y sin tener en cuenta para nada su necesaria recepción del Bautismo y la Confirmación» (Apología 190).

Los hechos le llevaron a la más alarmante de las sospechas: no ya que la Iglesia anglicana pronto iba a dejar de ser una Iglesia, sino que «a partir del siglo xvi nunca lo había sido» (Apología 190). Discreto y retirado, Newman siguió su vida en Littlemore dedicando entre diez y doce horas al día a sus traducciones, y a la asimilación paulatina de esa tremenda sospecha, cada día más acuciante. Los domingos bajaba a Oxford para predicar y dar la Comunión. Años más tarde valoraba así aquellos meses finales de 1841: «del proyecto de obispado en Jerusalén, nunca supe si hizo mucho o poco bien o mal, salvo el que me ha hecho a mí; que muchos consideran una gran desgracia y yo tengo por la mayor de las bendiciones. Me colocó al principio del fin» (Apología 193).

Los sermones de esta sexta entrega fueron predicados a lo largo de seis años, entre 1836 y ese decisivo 1841. La impresión es que Newman seleccionó con mucho equilibrio los veinticinco sermones de este volumen. Por un lado, se advierte una media de cuatro sermones por año, con la excepción de 1840 que cuenta con cinco, 1836 solo con tres, más un imprevisto sermón de 1831 sobre la Trinidad. Y por otro, se percibe una clara línea temática y litúrgica: los primeros siete sermones se dedican a la Cuaresma; los siete siguientes a la Pascua; los cuatro siguientes a la Ascensión; los cuatro siguientes a Pentecostés, y los tres últimos a la Trinidad. La arquitectura es, pues, estrictamente simétrica: 7+7, 4+4 y, coronando el edificio, un grupo de 3, dedicados simbólicamente a la Trinidad. Por eso probablemente rescató aquel antiguo sermón trinitario de 1831.

La arquitectura también puede contemplarse linealmente: el cristiano comienza con la áspera humillación de la Cuaresma y

termina en la gloria del Dios Uno y Trino, pasando por la Muerte del Hombre-Dios, su Resurrección y su marcha al seno del Padre y al amor del Espíritu. El propio Newman era bien consciente de este trayecto:

«La historia de esta Redención es la que hemos estado siguiendo durante los últimos seis meses en nuestras sagradas celebraciones [...] Entramos en nuestro descanso cuando entramos con Aquel que, después de trabajar y sufrir, ha abierto el reino de los cielos a todos los creyentes. Durante la mitad del año, nos quedamos parados, como si nuestra única ocupación fuera adorarle y clamar con los serafines del texto «¡Santo, santo, santo!», continuamente» («La paz de creer»).

El sermón 1 («El ayuno es motivo de prueba») contiene una visión muy realista y original del ayuno, en el sentido de que admite Newman, por un lado, que el ayuno no nos hace buenos automáticamente, sino que automáticamente nos pone de mal humor; y, por otro, que nos pone en contacto con lo invisible, pero no solo con lo invisible bueno, Dios, sino también con lo invisible malo, el demonio. Los ejemplos que emplea en este y otros sermones, siempre sagaces, dejan ver que las cuaresmas de Newman en Littlemore iban en serio. Así lo atestiguan también sus Memorandos, hasta la minucia:

«Viernes Santo 28 marzo 1839

Esta Cuaresma he seguido las siguientes reglas, excepto los domingos: no he tomado azúcar; no he comido empanadas, pescado, pollo ni tostadas; y mi norma ha sido no repetir carne en la cena. No he comido carne en ningún otro momento del día. No he cenado fuera.

Por excepción, he cenado fuera tres veces: con el Patronato de Iffley, con el Provost y en el college con Williams, que me volví temprano. En las dos primeras tomé empanadas. A medida que pasaba el tiempo, con frecuencia repetí carne. He estado tomando vino.

Miércoles y viernes no he tomado absolutamente nada hasta las 5 de la tarde, que he tomado una galleta; ni desayuno ni cena aunque normalmente sí un huevo con el té; a veces agua malteada a las 5. Dos o tres veces me tomé una galleta al mediodía.

El Tempus Passionis, la semana anterior y esta, he dejado además la mantequilla y la leche. Unas cuantas veces, sin embargo, he tomado leche.

La Hebdomada Magna, hasta ahora, no he tomado desayuno ni cena ningún día; rompo el ayuno con una galleta a mediodía; ayer y hoy me he abstenido también (y quiero decir ‘abstenerme’) del té y el huevo, sin probar otra cosa que pan, galleta y agua en todo el día. Me he propuesto seguir así hasta mañana a la noche cuando termine el ayuno y quizá tome un poco de carne (Cumplí esto hasta el final; pero debo decir que tomé el miércoles una copa de oporto. La única molestia importante que he tenido ha sido un dolor en la cara, que he eliminado tomando unas pastillas de sulfato de quinina)».

Al año siguiente:

«Littlemore 15 abril 1840, feria 4.^a Hebdomada magna

Esta Cuaresma me he abstenido de pescado, pollo, carne (excepto bacon a la cena), mantequilla, verduras, fruta, empanadas, té, azúcar, vino, cerveza y tostadas. No he cenado fuera nunca. No he llevado guantes¹.

Desayuno con pan y leche caliente y un huevo; cena de bacon frío, pan, queso y agua; antes de dormir agua malteada, pan y un huevo».

El dedicado a «La abstinencia del tiempo de los apóstoles, modelo para el cristiano» no es solo una muestra de sensatez en el modo de practicar el ayuno sino también una demostración de la atención y hondura con que Newman leía la palabra de Dios.

En «El Hijo encarnado sufrió y fue víctima expiatoria» (sermón 6) el predicador marca la evolución desde las primeras semanas de la Cuaresma, dedicadas al arrepentimiento, hasta las últimas, consagradas «más especialmente a considerar los sufrimientos que nos ganaron la gracia». Y de la Cuaresma salta a la Trinidad, en un brillante ejercicio, nada escolástico, que busca ilustrar el misterio, pero sobre

¹ Sacrificio no desdeñable en un caballero del XIX, no tanto por el frío, que también, sino por la pérdida de respetabilidad que suponía ese descuido del decoro.

todo hacer ver que los racionalistas, que rechazan la doctrina de la Trinidad como puro galimatías, en realidad son incapaces de romper las limitaciones de lo humano y rechazan toda auténtica religión porque lo que ésta pide es, justamente, aceptar lo que Dios revela. El método, en este y otros sermones trinitarios, es patrístico y se apoya en el Símbolo de san Atanasio, para Newman uno de los grandes héroes de la antigüedad cristiana. Las ilustraciones, para explicar todo lo que se puede explicar, son brillantes: «Su Encarnación consistió en la ascensión de la Humanidad en Dios. Lo mismo que Cristo no tenía padre en la tierra, no tenía persona humana». Las conclusiones también lo son: «Era tan completamente hombre como si hubiera dejado de ser Dios, tan completamente Dios como si nunca hubiera llegado a ser hombre, y tan completamente las dos cosas a la vez como lo era su misma existencia».

«La Cruz de Cristo, medida del mundo» es un excelente sermón que responde a esta pregunta: «¿Cómo hemos de ver las cosas? [...] ¿cuál es la auténtica clave, la interpretación cristiana de este mundo? ¿Qué se nos da en la revelación para valorar y medir este mundo? Se nos da el evento de esta estación litúrgica, que es la Crucifixión del Hijo de Dios».

Los varios sermones sobre la Ascensión son variaciones sobre el tema de la fe, y la psicología de la fe, en contraste con el creciente peso de la razón en la cultura de mediados del xix. Para un cristiano, de lo que realmente se trata es de «sacrificar este mundo por el otro», anclarse en Dios y no en uno mismo. Sin que falten observaciones muy pegadas al terreno que nos hacen ver que los hombres, sin darnos cuenta, somos irracionales la mayor parte del tiempo y, por tanto, después de todo, la fe no es una actitud tan irracional como quieren los racionalistas.

La experiencia de haber construido la nueva iglesia de Littlemore resplandece en el sermón 19, de hermoso título, «Los palacios del evangelio»: una visión original, profunda y hasta romántica de lo que supone la fábrica material del templo, en conexión con la comunión

de los santos a lo largo de los siglos. Realmente, llama la atención la hondura del sentido católico de Newman a la altura de 1836, fecha de predicación de este sermón y de consagración de la iglesia de Littlemore.

La argumentación de Newman tiende a destacar lo que podríamos llamar las paradojas de la fe, las «paradojas cristianas, de las que a menudo se habla en la Escritura: que estamos en duelo, pero alegres; que vivimos como quienes nada tienen, pero todo lo poseen» («La presencia espiritual de Cristo en su Iglesia»). En este mismo sermón, nos descubre Newman la gran paradoja de que Cristo está realmente con nosotros y nosotros no lo sabemos. Lo descubrimos *después*, por la fe, no por la vista, como los discípulos de Emaús. «Al mirar atrás, los cristianos se darán cuenta de que Cristo siempre estuvo con ellos, aunque no lo supieran y solo lo creyeran. Incluso recordarán cómo les ardía el corazón».

Otra gran paradoja cristiana es que «Las armas de los santos» (sermón 22) no son la fuerza y la astucia sino la aparente debilidad de devolver bien por mal. «Victory comes by yielding [la victoria se alcanza a base de ceder]» decía Newman en una carta de 1841 y, a juzgar por los ejemplos de este sermón, se diría que esa es la línea que se propuso observar con los colegas más belicosos en las *high-tables* y *common rooms* de los *colleges*, llenas de pelusillas más o menos académicas.

En «Fe sin demostración» (sermón 23) el predicador desafía de nuevo a los sabios de este mundo, la razón embriagada del XIX: «las convicciones religiosas no pueden forzarse. La fe y la humildad son las únicas palabras mágicas que sirven para invocar la presencia de realidades celestiales en el texto inspirado; y la fe y la humildad no se dan cuando se busca probar, sino cuando, desde el principio, se confía en el testimonio de otros. Es necedad a los ojos del mundo; pero es una necedad de Dios más sabia que la sabiduría del mundo».

Una vez más reproduzco advertencias ya incluidas en la introducción a los volúmenes anteriores. Si toda traducción implica un

trasvase cultural más que lingüístico, en nuestro caso conviene no olvidar que la lengua de partida es un lenguaje religioso, perteneciente a la tradición anglicana, de la primera mitad del siglo XIX; y la de llegada es otro lenguaje religioso, propio de una tradición católica que habla al siglo XXI. Palabras y sintagmas presentan problemas que no siempre admiten una misma solución, y que son muy capaces de envarar la versión castellana. La sintaxis newmaniana suele responder a una arquitectura sencilla y parroquial que trasparenta un discurso oral, y que generalmente no es complicada, aunque sí un tanto torrencial. Abundan las enumeraciones paratácticas, las tiradas, muchas veces de creciente intensidad, con una puntuación algo rota y extraña, llena de conjunciones copulativas y de unos guiones que Newman emplea con funciones variadas. Espero que el lector no se extrañe ante las huellas escritas del registro hablado —quizá puede probar a leer los sermones en voz alta; saldrán ganando.

En cuanto a los textos de la Escritura, mantengo el criterio de sustituir los textos de la Biblia anglicana que Newman empleaba (la *King James Version* o *Authorised Version* de 1611) por la versión española de la Biblia que publicó la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra (*Sagrada Biblia*. Traducida y anotada por la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra) y que está disponible también en un solo volumen (*Biblia de Navarra: edición popular*). Pretendo así dar prioridad a la actualidad del texto sagrado y ser coherente con el objetivo último de esta traducción de los *Parochial and Plain Sermons*, que no es un proyecto erudito o estrictamente teológico, aunque desde luego sí quiere ser riguroso al máximo en su versión del texto original. Sin embargo, cuando el texto bíblico inglés ha parecido de algún relieve, lo mantengo sin advertirlo y realizando las leves adaptaciones gramaticales necesarias, que exigen el contexto gramatical o el razonamiento doctrinal del predicador. Las abreviaturas de los distintos libros bíblicos proceden también de la Biblia de Navarra.

En este ámbito del lenguaje religioso, tiendo a emplear mayúsculas en «Evangelio» cuando equivale a ‘Nuevo Testamento’ y minúsculas

cuando equivale más bien a ‘relatos evangélicos’, aunque el criterio puede no ser del todo estable. En determinados momentos el énfasis me lleva a escribir Resurrección, Apóstol, Bautismo o Ascensión. Los demostrativos con mayúscula referidos a Dios, como «Su», resultan sumamente útiles con sentido diacrítico en castellano, idioma bastante impreciso en esto, donde un demostrativo mal colocado o ausente puede marear a los lectores en busca del sujeto gramatical; justo al contrario que el inglés. Pero cuando no hay necesidad de precisar, el pronombre va en minúscula aunque se refiera a Dios — con excepción de «Él».

Los números que figuran en cada encabezamiento, así como las fechas de predicación, proceden de la edición de los sermones inéditos que preparó Placid Murray (*Sermons 1824-1843*, 353-72) y corresponden a la numeración integral de los sermones, hecha por el propio Newman.

Aunque en cada sermón consta el responsable de la versión castellana, superviso y regularizo en cuanto a estilo todos los textos, incluidos los que José Morales publicó en *Las armas de los santos*.

Grandpont House, Oxford

11 de agosto de 2012

V G R

OBRAS CITADAS

- Sagrada Biblia*. Traducida y anotada por la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra. 5 vols. Pamplona: Eunsa, 1997-2005.
- Biblia de Navarra: edición popular*. Pamplona-Woodridge (Illinois): Eunsa-Midwest Theological Forum, 2008.
- Newman, John Henry. *Apologia pro vita sua*. Edición, traducción y notas de Víctor García Ruiz y José Morales. 2.^a ed. Madrid: Encuentro, 2010.
- Newman, John Henry. *Las armas de los santos*. Trad. José Morales. Madrid: Palabra, 2002.
- Newman, John Henry. *Sermons 1824-1843*. Ed. Placid Murray. Vol. 1. Oxford: Clarendon Press, 1991.

TABLA DE ABREVIATURAS

Ab	Abdías
Ag	Ageo
Am	Amós
Ap	Apocalipsis
Ba	Baruc
1 Cor	Primera Carta a los Corintios
2 Cor	Segunda Carta a los Corintios
Col	Carta a los Colosenses
1 Cro	Libro 1 de las Crónicas
2 Cro	Libro 2 de las Crónicas
Ct	Cantar de los Cantares
Dn	Daniel
Dt	Deuteronomio
Ef	Carta a los Efesios
Esd	Esdras
Est	Ester
Ex	Éxodo
Ez	Ezequiel
Flm	Carta a Filemón
Flp	Carta a los Filipenses
Ga	Carta a los Gálatas
Gn	Génesis
Ha	Habacuc

Hb	Carta a los Hebreos
Hch	Hechos de los Apóstoles
Is	Isaías
Jb	Job
Jc	Jueces
Jdt	Judit
Jl	Joel
Jn	Evangelio según san Juan
1 Jn	Primera Carta de san Juan
2 Jn	Segunda Carta de san Juan
3 Jn	Tercera Carta de san Juan
Jon	Jonás
Jos	Josué
Jr	Jeremías
Judas	Carta de san Judas
Lc	Evangelio según san Lucas
Lm	Libro de las Lamentaciones
Lv	Levítico
1 M	Libro Primero de los Macabeos
2 M	Libro Segundo de los Macabeos
Mc	Evangelio según san Marcos
Mi	Miqueas
Ml	Malaquías
Mt	Evangelio según san Mateo
Na	Nahum
Ne	Nehemías
Nm	Números
Os	Oseas
1 P	Primera Carta de san Pedro
2 P	Segunda Carta de san Pedro
Pr	Proverbios
Qo	Libro de Qohélet (Eclesiastés)
1 R	Libro Primero de los Reyes

2 R	Libro Segundo de los Reyes
Rm	Carta a los Romanos
Rt	Rut
1 S	Libro Primero de Samuel
2 S	Libro Segundo de Samuel
Sal	Salmos
Sb	Sabiduría
Si	Libro de Ben Sirac (Eclesiástico)
So	Sofonías
St	Carta de Santiago
Tb	Tobías
1 Tm	Primera Carta a Timoteo
2 Tm	Segunda Carta a Timoteo
1 Ts	Primera Carta a los Tesalonicenses
2 Ts	Segunda Carta a los Tesalonicenses
Tt	Tito
Za	Zacarías

SERMONES PARROQUIALES
(*PAROCHIAL AND PLAIN SERMONS*)

por John Henry Newman, B.D.
vicario que fue de la iglesia de Santa María, en Oxford
en ocho volúmenes

volumen vi
reimpresión

Longmans, Green y compañía
39 paternoster row, Londres
New York, Bombay and Calcutta
1907

SERMÓN 1

EL AYUNO ES MOTIVO DE PRUEBA¹

[n. 492 | 4 de marzo de 1838]

«Después de haber ayunado cuarenta días con
cuarenta noches, sintió hambre» (Mt 4,2)

Primer domingo de Cuaresma

El tiempo litúrgico de humillación que precede a la Pascua dura cuarenta días en recuerdo del prolongado ayuno de nuestro Señor en el desierto. Por eso hoy, primer domingo de Cuaresma, leemos el evangelio en que se narra ese ayuno y en la Colecta le pedimos a Él, que por nosotros ayunó cuarenta días y cuarenta noches, que bendiga nuestra abstinencia para el bien de nuestro cuerpo y de nuestra alma.

Ayunamos por penitencia y para someter la carne. Nuestro Salvador no tenía necesidad de ayunar por ninguno de esos dos motivos. Su ayuno no era como el nuestro, ni en su intensidad ni en su finalidad. No obstante, cuando comenzamos nuestro ayuno, se nos propone el ejemplo del Señor y seguimos ayunando hasta igualarle en el número de días.

Hay un motivo para esto: en verdad, no debemos hacer nada sin tener su ejemplo a la vista. Al igual que solo a través de Él podemos hacer el bien, nada será bueno si no lo hacemos por Él. Nuestra

¹ Traducción de Víctor García Ruiz.

obediencia procede de Él; y hacia Él debe orientarse. «Sin mí no podéis hacer nada» (Jn 15,5). No hay buenas obras sin la Gracia y la Caridad.

San Pablo dejó todo «con tal de ganar a Cristo, y vivir en él, no por mi justicia, la que procede de la Ley, sino por la que viene de la fe en Cristo, justicia que procede de Dios, por la fe» (Flp 3,9). Por tanto, nuestras buenas obras solo son aceptables cuando son hechas, no por ajustarse a la norma, sino en Cristo por la fe. Vanas fueron todas las obras de la Ley, porque carecían del poder del Espíritu. No eran más que los pobres intentos de la naturaleza humana desguarnecida para cumplir lo que, desde luego, era su deber cumplir, pero que no era capaz de cumplir. Nadie más que los ciegos y los carnales, o los sumidos en la más completa ignorancia, podían encontrar en sí mismos cosa alguna en que regocijarse. ¿Qué eran todas las justicias de la Ley, qué sus obras, incluso las que iban más allá de lo ordinario, sus ayunos y limosnas, su desfigurarse el rostro y afligir el alma; qué era todo esto sino polvo y escoria, un despreciable servicio terrenal, una penitencia miserablemente desesperada, en la medida en que carecían de la gracia y la presencia de Cristo? Ya podían los judíos humillarse, que no se elevaban espiritualmente, sino que caían en la carne; ya podían afligirse, que no les aprovechaba para su salvación; podían hacer penitencia, pero sin alegría; el hombre exterior podía perecer, pero el hombre no se renovaba por dentro día tras día. Soportaron el peso del día y del calor, y el yugo de la Ley, pero no «se convirtió para nosotros, incomparablemente, en una gloria eterna y consistente» (2 Cor 4,17). Pero a nosotros Dios nos ha reservado algo mejor. En esto consiste ser uno de los pequeños de Cristo: poder hacer lo que los judíos pensaban que podían hacer, y no podían; tener en nosotros ese don con el que podemos lograr todas las cosas; ser poseídos por su presencia como vida nuestra, como nuestra fuerza, mérito, esperanza y corona; llegar a ser de manera admirable, miembros suyos, instrumento o forma visible, o signo sacramental, del Único, Invisible, Omnipresente Hijo de Dios, reiterando místicamente en cada uno de nosotros todos

los actos de su vida terrena: su nacimiento, consagración, ayuno, tentaciones, pruebas, victorias, sufrimientos, agonía, Pasión, Muerte, Resurrección y Ascensión. Él es todo en todo; nosotros con tan poco poder en nosotros, tan poco mérito y calidad como el agua del Bautismo, o el pan y vino de la Sagrada Comunión; pero fuertes, no obstante, en el Señor y en el poder de su brazo. Estos son los pensamientos con que celebramos la Navidad y la Epifanía; estos son los pensamientos que deben acompañarnos a lo largo de la Cuaresma.

Sí, incluso en nuestros ejercicios de penitencia, cuando menos podríamos haber esperado encontrar modelo en Él, Cristo se ha adelantado a santificarlos para nosotros. Ha bendecido el ayuno como medio de gracia, por el hecho de haber ayunado Él; y el ayuno solo es aceptable cuando se hace por Él. La penitencia es mero formalismo o puro remordimiento, si no se hace por amor. Si ayunamos y no nos unimos de corazón a Cristo, imitándole y pidiéndole que haga que nuestro ayuno sea el suyo, que asocie nuestro ayuno al suyo y que le comunique la fuerza de su ayuno, de manera que estemos en Él y Él en nosotros, estaremos ayunando como judíos, no como cristianos. En la liturgia de este primer domingo de Cuaresma, hacemos bien en poner ante nosotros el pensamiento de Él, cuya gracia debe habitar en nuestro interior, no sea que nuestras mortificaciones sean un puro batir el aire y nos humillemos en vano.

Hay muchas formas en que el ejemplo de Cristo puede servirnos de consuelo y ánimo en este tiempo del año.

En primer lugar, bueno será insistir en el hecho de que nuestro Señor se apartó del mundo para confirmarnos que tenemos el deber de apartarnos del mundo, en la medida de nuestras posibilidades. Lo hizo de manera particular en el caso que estamos contemplando, antes de comenzar su vida pública; pero no es el único. Antes de escoger a sus apóstoles, se preparó de la misma manera. «En aquellos días salió al monte a orar y pasó toda la noche en oración a Dios» (Lc 6,12). Pasar la noche en oración era una penitencia del mismo tipo que el ayuno. En otra ocasión, tras despedir a la muchedumbre,

«subió al monte a orar a solas» (Mt 14,23), y en este caso, parece que permaneció allí gran parte de la noche. Y también, en medio de la excitación causada por sus milagros, «de madrugada, todavía muy oscuro, se levantó, salió y se fue a un lugar solitario, y allí hacía oración» (Mc 1,35). Teniendo en cuenta que nuestro Señor es el modelo perfecto de la naturaleza humana, no podemos dudar que el fin de estos ejemplos de devoción estricta es que los imitemos, si queremos ser perfectos. Y este deber queda más allá de toda duda cuando encontramos ejemplos parecidos en los más eminentes siervos de Dios. San Pablo, en la epístola para el día de hoy, nombra entre otros sufrimientos que él y sus hermanos tuvieron «desvelos y ayunos» (2 Cor 6,5) y, más abajo, dice que tuvieron «frecuentes vigiliias» (2 Cor 11,27). San Pedro se retiró a Jope, a la casa de un tal Simón, curtidor, en la costa, y allí ayunó y oró. Tanto Moisés como Elías obtuvieron auxilio en sus milagrosos ayunos, tan largos como el de nuestro Señor. Moisés, en dos momentos distintos, como nos cuenta él mismo: «después me postré en la presencia del Señor. Como la primera vez, estuve cuarenta días y cuarenta noches, sin comer pan ni beber agua» (Dt 9,18). Elías, alimentado por un ángel, «con las fuerzas de aquella comida caminó cuarenta días y cuarenta noches» (1 R 19,8). Y Daniel: «volví mi rostro hacia el Señor Dios, implorándole con oraciones y súplicas, con ayuno, saco y ceniza» (Dn 9,3). Y también: «por aquellos días yo, Daniel, estaba cumpliendo un luto de tres semanas: no comía alimentos agradables, ni entraban en mi boca carne o vino, ni me unguí con perfume hasta haber pasado las tres semanas» (Dn 10,2-3). Estos son ejemplos de ayuno a semejanza del de Cristo.

A continuación, señalo que el ayuno de nuestro Señor no fue más que un preliminar a sus tentaciones. Se retiró al desierto para ser tentado por el diablo, pero antes de ser tentado, ayunó. Y conviene subrayar que ese ayuno no fue una mera preparación para la batalla sino que fue, en buena medida, el origen de la batalla. Está claro que, en lugar de fortificarle contra la tentación, lo que lograron su marcha al desierto y su abstinencia fue exponerle a ella. El ayuno fue la ocasión:

Sermones parroquiales / 6

Los sermones de esta sexta entrega de los *Sermones Parroquiales* fueron predicados a lo largo de seis años, entre 1836 y el decisivo 1841. La impresión es que Newman seleccionó con mucho equilibrio los veinticinco sermones de este volumen. Por un lado, se advierte una media de cuatro sermones por año, con la excepción de 1840 que cuenta con cinco, 1836 solo con tres, más un imprevisto sermón de 1831 sobre la Trinidad. Y por otro, se percibe una clara línea temática y litúrgica: los primeros siete sermones se dedican a la Cuaresma; los siete siguientes a la Pascua; los cuatro siguientes a la Ascensión; los cuatro siguientes a Pentecostés, y los tres últimos a la Trinidad. En efecto, el cristiano comienza con la áspera humillación de la Cuaresma y termina en la gloria del Dios Uno y Trino, pasando por la Muerte del Hombre-Dios, su Resurrección y su marcha al seno del Padre y al amor del Espíritu.

NUEVA EDICIÓN CORREGIDA

Depósito Legal: M-10990-2026



Universidad
Pontificia
de Salamanca



ISBN: 978-84-1339-282-0



9 788413 392820